



El sexismo como constructo en psicología: una revisión de teorías e instrumentos

Sexism as construct in psychology. A review of theories and instruments

Miguel Ángel López-Sáez

Dau García-Dauder

Universidad Rey Juan Carlos

Ignacio Montero

Universidad Autónoma de Madrid

Resumen

En el artículo se revisan las contribuciones más relevantes sobre el constructo de sexismo. En particular, se analizan las teorías de Masculinidad y Femenidad y los diferentes modelos contemporáneos que han recibido mayor atención en la literatura psicológica española. Además, se discuten los instrumentos generados a raíz de sus correspondientes teorías y se realiza un análisis crítico de los más utilizados. Finalmente se hace una reflexión sobre los rumbos actuales del constructo de sexismo.

Palabras clave: **Sexismo; Masculinidad; Femenidad; Escalas**

Abstract

The article reviews the most relevant contributions on the construct of sexism. In particular, the theories of Masculinity and Femininity and the different contemporary models that have received more attention in the Spanish psychological literature are analyzed. In addition, the instruments generated as a result of their corresponding theories are discussed and a critical analysis of the most used instruments is carried out. Finally, a reflection is made on the current courses of the construct of sexism.

Keywords: Sexism; Masculinity; Femininity; Scales

INTRODUCCIÓN

En la actualidad, el término “ideología de género” es usado de manera arbitraria desde diferentes posicionamientos políticos, definiéndolo como el discurso que grupos feministas, homosexuales y trans “intentan imponer” a la sociedad. Pese a ello, la denominación “ideología de género” dentro de la literatura psico-

lógica es clara y hace referencia al constructo de sexismo.

Habiendo pasado más de tres cuartos de siglo de trabajos sobre el sexismo, el constructo parece haber ido delimitando su continente y contenido. Desde el continente, el sexismo partía de la noción clásica de prejuicio (Allport, 1954): como una antipatía generalizada hacia las mujeres. Como veremos, el desarro-

llo de los modelos teóricos e instrumentos se puede asemejar a un metafórico iceberg: los primeros se centraron en apreciar los prejuicios más visibles contra las mujeres; los siguientes indagaron en las capas intermedias de lo socialmente deseable; y, por último, aparecieron las propuestas integradoras con una visión simultánea de lo hostil/sutil. Desde el contenido, el material de ese iceberg está conformado por aspectos que pueden ser cognoscitivos, afectivos y conductuales. Es decir, aunando continente y contenido el sexismo haría referencia al “conjunto de creencias sobre los roles, características, comportamientos, etc., considerados apropiados para hombres y mujeres, así como de creencias acerca de las relaciones que los miembros de ambos grupos deben mantener entre sí” (Moya, 2004, p. 274). En consecuencia, el sexismo está compuesto por aspectos que van más allá de las actitudes y que lo conforman como “ideología de género” que “no es neutral, sino que busca el mantenimiento del status quo, esto es, perpetuar la situación de subordinación y de subyugación de las mujeres como grupo” (Moya, 2004, p. 274).

Por todo ello, intentando evitar la incorrección, se hace necesaria la exploración crítica que proponemos, donde se esboza una revisión teórica clásica (Montero y León, 2007) que aporta claridad sobre el constructo de sexismo. Así, el presente trabajo pretende desarrollar la conceptualización del constructo de sexismo y su medición en función de los cambios socio-temporales. Y, con ello también, mostrar cómo en la Psicología han convivido sin aparente conflicto disciplinar dos planteamientos contradictorios de partida y con consecuencias en su aplicación: la medición del sexismo y la medición de la masculinidad/feminidad de forma sexista.

GÉNESIS DEL CONSTRUCTO DE SEXISMO

Partimos de la idea de que, como muchos otros, el constructo de sexismo es un reflejo del contexto sociohistórico en el que surge. Así, resulta clave analizar el surgimiento de la palabra para entender su demarcación. Previo al sexismo, se acuñó el término chauvinismo. El chauvinismo o chovinismo deriva del apellido de un soldado napoleónico, conocido por su exacerbado amor por la patria. Su orgullo patrio se convirtió en objeto de sátira y su apellido quedó relegado a una definición bur-

lesca para referir el fervor por algo/alguien. En la década de 1930, el Partido Comunista de Estados Unidos añadía la connotación “blanco” a chauvinismo para describir el prejuicio contra afrodescendientes, evitando el concepto racismo que se asociaba al nazismo (Shapiro, 1985).

La primera vez que el chauvinismo apareció en referencia al sexismo, como “chauvinismo-masculino”, fue en una publicación de la revista *Time* de 1950 en la que se hacía alusión al discurso de un diputado haitiano contrario al derecho al voto de las mujeres (Shapiro, 1985). A pesar de ello, el término no se popularizó hasta que, en la década de los sesenta, diferentes grupos de mujeres se pronunciaron sobre el chauvinismo-masculino existente dentro de la izquierda política (Shapiro, 1985).

Hasta 1968 el uso del chauvinismo-masculino fue frecuente, no obstante tres años antes, en el *Franklin and Marshall College*, Pauline Leet se refirió a una posición análoga a la del racismo, denominada “sexismo”, para denunciar la invisibilización de autoras y de personas negras en la literatura (Shapiro, 1985). Su discurso facilitó la apertura del College a mujeres y permitió la popularización de la nueva nomenclatura. Muestra de este nuevo uso fueron las obras de Caroline Bird en los años 60 y 70, donde algunos personajes aparecían caracterizados como sexistas y se definía el sexismo en concordancia con el racismo al compartir objetivos: el mantenimiento de la estructura de poder (Shapiro, 1985). En 1969, el profesor Frank Vanauken, del *Lynchburg College*, recalcó la implicación supremacista del sexismo y defendió su uso frente al chauvinismo-masculino, por ser más clarificador, preciso y heredero del tono racista. La implantación de la nueva terminología se utilizó por el movimiento feminista y los mass-media. *New York Times* o el *Wall Street Journal* lo incorporaron con asiduidad.

Mientras tanto, el término chauvinismo-masculino empezó a aparecer como “machismo” en algunas publicaciones. No obstante, el movimiento feminista anglosajón siguió decantándose por el sexismo, ya que implicaba un reconocimiento global de las mujeres como clase oprimida y no sólo una cuestión de preferencia (Shapiro, 1985).

La recepción del sexismo por parte de la disciplina psicológica fue más tardía y heterogénea. Dentro del discurso psicológico predominante no se partió del sexismo como prejuicio. Sin embargo, coexistieron, sin simbiosis alguna, el constructo de los rasgos de personalidad de Masculinidad/Feminidad (M/F) y el constructo de sexismo. Uno, desde la psicología clínica y de la personalidad, que planteaba la M/F como rasgos complementarios-excluyentes y sus desviaciones como patologías. De tal modo que la M/F medida a través de test de personalidad conformaba la prescripción de los estereotipos de género victorianos (Lewin, 1984). El otro, desde la psicología social, ligado al marco de las teorizaciones sobre el prejuicio e influido por las esferas de M/F de donde parten los estereotipos de género, creencias y conductas de conformidad de rol.

DESARROLLO DE LAS DIFERENTES TEORÍAS E INSTRUMENTOS

En lo que sigue, realizamos un análisis cualitativo descriptivo de las diferentes teorías e instrumentos en torno al constructo de sexismo.

La convivencia en Psicología de la medición de la M/F y la medición del sexismo

La indagación científica sobre las diferencias entre hombres y mujeres se ha venido produciendo a lo largo de la historia. Disciplinas como la biología y la medicina a lo largo de los siglos desarrollaron todo un acervo pseudocientífico sobre el sujeto mujer. La psicología, la novedosa ciencia de finales del siglo XIX, no fue menos y, desde sus orígenes, intentó demostrar con teorías y mediciones las diferencias entre los sexos y la inferioridad mental de las mujeres (Scarborough y Furumoto, 1987). No obstante, y a pesar de las evidencias que contradecían tales teorías, el interés de la disciplina por la comprobación de esa inferioridad no disminuyó. Ante los resultados contradictorios en trabajos empíricos y estudios correlacionales sobre diferencias sexuales en inteligencia, la psicología se embarcó en la diferenciación psicológica de varones y mujeres en torno a los constructos de M/F. Constructos entendidos como rasgos de personalidad y a los que se accedía bajo la mirada experta del psicólogo (Morawski,

1988). Si bien la M/F se presentaba como par de rasgos descriptivos, derivaban fácilmente en lo prescriptivo, ya que su medición vino acompañada de diagnósticos de desviaciones sexuales (especialmente sobre niños femeninos) e intervenciones posteriores para un “ajuste adecuado”. En 1936, como exponentes de esta propuesta, Lewis Terman y Catherine Cox Miles, construyeron el *Attitude Interest Analysis Survey* (AIAS). Establecieron la “normalidad” a través de los componentes de la M/F y su medición como base para el diagnóstico de incoherencias sexo-género (varón-femenino y mujer-masculina). A partir del AIAS, aparecieron múltiples instrumentos que desarrollaron medidas de M/F en la misma línea. Estas propuestas recibieron multitud de críticas metodológicas, epistemológicas y conceptuales (Constantinople, 2005; Lewin, 1984). Y es que el AIAS y posteriores convertían estereotipos de roles de género en rasgos de personalidad de M/F, excluyentes y alineados con el dualismo sexual. Además, los instrumentos mezclaban expresión de género con orientación sexual, relacionando el deseo sexual como parte de lo adecuado en función del sexo-rasgo de M/F.

Como muestra de convivencia entre el discurso predominante (en psicología) y su contestación (desde las áreas sociales), a la par que Terman, el sociólogo Clifford Kirkpatrick empezó a investigar la percepción social de los avances en derechos de las mujeres. Para ello, Kirkpatrick, creó la *Belief-Pattern Scale for Measuring Attitudes Toward Feminism* (1936a). También, publicó varios estudios en los que se medían las actitudes hacia el feminismo basándose en las creencias intergeneracionales entre estudiantes universitarios y sus padres. Sus conclusiones mostraron mayores actitudes feministas entre mujeres y escasas diferencias intergeneracionales (Kirkpatrick, 1936b).

Frente a las investigaciones de los predecesores de Terman y Miles, y su insistencia en medir M/F como rasgos de personalidad, otras voces en contraste propusieron evaluar el valor dado a hombres y mujeres en relación a ciertas conductas y adjetivos positivos o negativos (McKee y Sherriffs, 1957; Sherriffs y Jarrett, 1953). Los resultados demostraron que los hombres siempre eran evaluados de manera más positiva que las mujeres, incluso cuando valoraban las mujeres.

Aunque forman parte de esta primera fase en la investigación del sexismo, marcaron una diferencia para la época las aportaciones de los psicólogos sociales Eugene Nadler y William Morrow (1959). Estos iniciaron el camino para el desarrollo de la Teoría de sexismo ambivalente, al medir las creencias positivas (caballerosidad y protección) y negativas (subordinación e inferioridad) hacia las mujeres.

En una segunda fase, diversas autoras y autores se centraron en evaluar la hostilidad existente contra las mujeres. Destacamos a la psicóloga Janet Spence y su colega Robert Helmreich, que acotaron teóricamente el constructo de sexismo y crearon *The Attitudes Toward Women Scale* o AWS (1972). Un instrumento cuyo objetivo era medir las actitudes hacia las mujeres como sujetos con multitud de roles y derechos, detectando el sexismo hostil o tradicional. En la misma línea se encuentran los estudios de Marie Osmond y Patricia Martin (1975) con su trabajo *Sex and sexism: A comparison of male and female sex-role attitudes*. De igual manera, buscando medir esas actitudes más visibles contra las mujeres, destacan la *Sex Role Ideology Scale* (Kalin y Tilby, 1978) y la *Hostility Toward Women Scale* (Check, Malamuth, Elias y Barton, 1985). Y de manera específica, para medir el grado de normalización de la violencia sexual (que se articula a través de la disposición, cosificación e hipersexualización de las mujeres), Martha Burt (1980) propuso la *Rape Myth Acceptance Scale* o RMA actualizada en la *Illinois Rape Myth Acceptance Scale* (Payne, Lonsway y Fitzgerald, 1999).

Tras la lucha feminista de los años 70-80, el sexismo continuaba impregnando actitudes y conductas, pero de maneras más imperceptibles. El discurso de lo políticamente correcto generaba respuestas sesgadas por la deseabilidad social. Así, a diferencia de los anteriores, Carole Beere, Daniel King, Donald Beere y Lynda King (1984) formaron parte del primer grupo de investigación en desarrollar un instrumento, *Sex-Role Egalitarianism Scale*, que medía las actitudes referidas a un sexismo más sutil. Para Nijole Benokraitis y Joe Feagin (1986), adicionalmente, el sexismo permitía explicar las opresiones y violencias conceptualizadas bajo un halo de gentileza, siempre y cuando la mujer ocupase determinadas posiciones.

Más allá, fueron las Escalas de Sexismo Moderno o Neosexismo al detectar las creencias que negaban la desigualdad y veían los derechos de las mujeres como síntomas de discriminación hacia los hombres.

Finalmente, una de las definiciones que más publicaciones ha generado durante las dos últimas décadas, fue la propuesta por Peter Glick y Susan Fiske (1996): la Teoría del Sexismo Ambivalente (TSA). Esto se debe a la definición del sexismo como un prejuicio, pero multidimensional y ambivalente.

Modelo del Sexismo Ambivalente y su contraste con los modelos sexistas

Glick y Fiske (1996, 1997) realizaron una crítica al constructo tradicional de sexismo, defendiendo que la concepción tradicional del sexismo resultaba insuficiente cuando se trataba de creencias y actitudes con evaluación positiva. Hasta entonces, el sexismo clásico u hostil no articulaba la posibilidad de un sexismo benevolente con el que compartía el objetivo de la consolidación del poder masculino. Es decir, mientras que el viejo sexismo se articulaba en torno a los componentes de acatamiento de los roles tradicionales y hostilidad hacia la mujer, no se estaban considerando las actitudes positivas a priori que mantienen a la mujer en un statu quo inferior. Actitudes leídas como ventajas por algunas mujeres que se adscriben a esa posición subordinada.

Al igual que los modelos teóricos sobre el racismo ambivalente, formados por un constructo bidimensional basado en un racismo aversivo (Gaertner y Dovidio, 1986) y uno simbólico (Kinder y Sears, 1981), Glick y Fiske (1996) propusieron un constructo ambivalente. Dicho constructo está formado por un sexismo hostil, que justifica la supremacía del hombre sobre la mujer y que le atribuye un rol de género y sexual a disposición del varón; y un sexismo benévolo, basado en la infantilización y dominación sobre la mujer, haciendo uso de la idea de amor romántico o de mecanismos de protección. Sostienen Glick y Fiske que este sexismo se establece como consecuencia de un régimen patriarcal donde el poder es ejercido por los hombres. Estos establecen relaciones cuyo discurso gira sobre tres componentes principales: el paternalismo, la diferenciación de género y la heterosexualidad. El paternalismo articulado en dos

ejes de dominancia/superioridad ante las consideradas inferiores, y de protección ante las consideradas vulnerables y débiles. La diferenciación de género puede ser competitiva, en el caso de que se asuma a la mujer como “discapacitada” para el liderazgo, o complementaria, asumiendo que sus capacidades tienen la finalidad de complementar las del hombre, cumpliendo con sus roles tradicionales. La heterosexualidad, compuesta por la hostilidad heterosexual, donde las mujeres son percibidas como peligrosas chantajistas, cuya arma es el uso de su sexualidad de la que depende la satisfacción de los hombres, y la intimidación-proximidad heterosexual que es motivada por el deseo de satisfacer el deseo sexual.

Toda esta propuesta teórica nos presenta un instrumento cuyos ítems abordan los estereotipos de roles, rasgos y la ideología asociada a los derechos de las mujeres. Se trata del ASI o *Ambivalent Sexism Inventory* (Glick y Fiske, 1996), que consta de 22 ítems en una primera versión y con 12 en una segunda (Rollero, Glick y Tartaglia, 2014). También, existen diferentes versiones españolas derivadas de la propuesta de Francisca Expósito, Miguel Moya y Peter Glick (1998), tal y como aparece en la Tabla 1. Además, hay aplicaciones del instrumento en español con población gallega (Lameiras y Rodríguez, 2003), catalana (León-Ramírez y Ferrando, 2014) y vasca (Garaigor-

obil y Aliri, 2013). Sólo uno de los trabajos usa una versión adaptada a la población vasca en euskera (Ibabe, Arnoso y Elgorriaga, 2016). Por otro lado, hay un instrumento adaptado atendiendo a la etapa vital de la adolescencia: el Inventario de Sexismo Ambivalente para Adolescentes (Lemus, Castillo, Moya, Padilla y Ryan, 2008). También, existen nuevos instrumentos para adolescentes que parten del modelo teórico de la TSA, pero generan una nueva herramienta, como es el caso de la Escala de Detección de Sexismo en Adolescentes o DSA (Recio, Cuadrado y Ramos, 2007).

Todas las versiones se estructuran en dos factores principales: sexismo hostil y sexismo benevolente. Ambos subdivididos en tres factores: paternalismo protector, diferenciación de género e intimidación heterosexual. No obstante, aunque los tres factores se encuentren incorporados a los factores principales (excepto en el DSA), los análisis factoriales muestran al sexismo hostil como unidimensional.

Las aportaciones de la TSA han permitido aclarar que las conceptualizaciones estereotipadas de género son la base del sexismo. Estereotipos que se corresponden con los contenidos de los constructos de M/F desarrollados y medidos por la propia psicología. Por ejemplo, el constructo de la feminidad se compuso de ítems asociados al cuidado y a las

Año	Autores	N.º de ítems	Población	α hostil/ benévolo
1996	Glick y Fiske	22	922 estudiantes universitarios, 1108 estudiantes de psicología, 256 población general.	.87/.78
1998	Expósito, Moya y Glick	22	298 estudiantes de psicología, 1110 varones población general	.88/.85
2008	Lemus, Castillo, Moya, Padilla y Ryan	20	364 estudiantes de secundaria	.84/.77
2009	Rodríguez, Lameiras y Carrera	12	1.113 estudiantes de secundaria	.82/.67
2014	Rollero, Glick y Tartaglia	12	960 estudiantes universitarios	.85/.80
2016	Ibabe, Arnoso, Elgorriaga	22	1378 estudiantes universitarios	.89/.86

Tabla 1. Tabla cronológica de las versiones del ASI

relaciones interpersonales, lo que forma parte del sexismo benevolente. Pero, a pesar de las críticas al modelo de M/F y la aceptación de la TSA, gran parte de la psicología sigue reivindicando la utilidad de los constructos de M/F para la evaluación de la personalidad (Martin y Finn, 2010). Como muestra, una de las pruebas más usadas en psicología clínica, el *Minnesota Multiphasic Personality Inventory* o MMPI (Ben-Porath y Tellegen, 2008).

Por otro lado, desde la psicología de la salud se hace uso de los constructos de M/F para valorar la conformidad con respecto a las normas sociales de género. Aspecto que queda patente en el desarrollo del CMNI, o *Conforming to Masculine Norms Inventory* (Mahalik et al., 2003). El CMNI, a diferencia del MMPI o el AIAS que miden la masculinidad como rasgo de personalidad, entiende a la

misma como la prescripción de lo que los hombres deben sentir, pensar o realizar según establece la sociedad (Mahalik et al., 2003). Aunque los autores iniciales establecían esos parámetros en torno a la sociedad estadounidense, en 2011 se adaptó y validó el instrumento con población española (Cuéllar-Flores, Sánchez-López y Dresch, 2011).

Para mostrar mejor todo esto, podemos comprobar el contenido de los instrumentos a través de los ejemplos que aparecen en la Tabla 2.

Es importante recordar que el AIAS y el MMPI miden M/F como rasgos de personalidad, y han sido utilizados en ámbitos clínicos para detectar “desviaciones”. En cambio, el CMNI mide “conformidad” a las normas masculinas, y el ASI mide sexismo. Así, una persona que

Algunos ítems del AIAS (1936) coincidentes en el MMPI (1942, 1989, 1992, 2001, 2008)	Ítems del ASI (Expósito, Moya y Glick, 1998)	Algunos ítems del CMNI (Mahalik et al., 2003)
- No me disgusta la compañía del sexo opuesto. ^a	- Las personas no pueden ser verdaderamente felices en sus vidas a menos que tengan pareja del otro sexo.	- Me aseguro de que la gente piense que soy heterosexual.
- No creo que deba haber igualdad entre hombres y mujeres en todos los ámbitos. ^a - No me gusta trabajar con mujeres. ^a - No me gustan las mujeres más listas que yo. ^a	- Con el pretexto de pedir “igualdad”, muchas mujeres buscan privilegios especiales, tales como condiciones de trabajo que las favorezcan a ellas sobre los hombres. - Las mujeres exageran los problemas que tienen en el trabajo. - Las mujeres intentan ganar poder controlando a los hombres.	- Las cosas tienden a ir mejor cuando los hombres están al mando. - Las mujeres deberían subordinarse a los hombres. - En general, controlo a las mujeres de mi vida.
- No me gusta coger flores o cultivar plantas en casa. ^{a b c d} - No me gusta la poesía. ^{a b c d e} - Realmente me gustan los deportes bruscos (como el rugby o el fútbol). ^{a e}	- Las mujeres, en comparación con los hombres, tienden a tener un sentido más refinado de la cultura y el buen gusto.	- Me gusta pelearme. - A menudo me expongo a situaciones arriesgadas.
- No siento compasión por un hombre que es cobarde. ^a	- Las mujeres deben ser queridas y protegidas por los hombres. - Los hombres deberían estar dispuestos a sacrificar su propio bienestar con el fin de proveer seguridad económica a las mujeres.	- Estoy dispuesto a meterme en una pelea física si es necesario.

Nota:

^a Ítems del AIAS (Terman y Miles, 1936).

^b Ítems de la Escala 5 Mf del MMPI (Hathaway y McKinley, 1942).

^c Ítems de la Escala 5 en el MMPI-2 (Butcher, Dahlstrom, Graham, Tellegen y Kaemmer, 1989, Butcher et al. 2001).

^d Ítems de la Escala 5 Mf en el MMPI-A (Butcher, Williams, Graham, Archer, Tellegen, Ben-Porath y Kaemmer, 1992).

^e Ítems de la Escala AES y MEC del MMPI-2 RF (Ben-Porath y Tellegen, 2008).

Tabla 2. Relación de ítems ordenados por grupos de similitud entre diferentes instrumentos

puntuase alto en masculinidad en el AIAS o en el MMPI sería “heterosexual, poco igualitaria, poco culta”, entre otras. Según la relación de ítems de la Tabla 2, en el ASI, dicha persona justificaría la supremacía del hombre sobre la mujer, atribuiría a la mujer un rol de género y sexual a disposición del varón, e infantilizaría a la mujer (haciendo uso de la idea de amor romántico o de mecanismos de protección). Dentro de los 94 ítems del CMNI, algunos proponen una valoración positiva de lo asociado a la feminidad y a las mujeres, pero las respuestas que formarían parte de lo definitorio de la masculinidad (o con más conformidad con las normas masculinas) serían: el hacer gala de la heterosexualidad, el estar al mando, el interés por conductas arriesgadas y/o violentas, el querer ostentar poder, o el no creer en una sociedad más igualitaria, entre otras.

Además, las subescalas del CMNI y las escalas del ASI muestran estructuras factoriales similares. Guardando especial similitud las definiciones y la relación de ítems de las diferentes subescalas tal y como se expone en la Tabla 3.

ASI		CMNI
Sexismo hostil		Poder sobre las mujeres, Control Emocional
Sexismo benévolo	Paternalismo protector	Dominancia, Búsqueda de la posición social, Importancia de ganar, Independencia
	Diferenciación de género	Atracción por la violencia y por Conductas de riesgo, Control Emocional
	Intimidad heterosexual	Desprecio hacia la homosexualidad

Tabla 3. Relación entre escalas y subescalas del ASI y el CMNI

Antes de finalizar el apartado, queremos poner el énfasis en la relación que hemos observado entre la subescala de intimidad heterosexual y desprecio a la homosexualidad. Los ítems sobre intimidad heterosexual, aunque no hablan de un rechazo explícito a la población homosexual, la obvian. Es decir, se produce una construcción del sexismo sólo en referencia al deseo y las relaciones heterosexuales. A través de correo personal, S. Fiske (comunicación personal, 3 de abril, 2017) reconocía a uno de los autores de este estudio no haber tenido en cuenta dicha variable al

validar la escala, aunque consideraba que tanto los participantes homosexuales como los heterosexuales podrían tener opiniones sobre la heterosexualidad.

Sexismo Moderno-Neosexismo

Entre las aportaciones más relevantes en la visibilización del sexismo más implícito está el modelo propuesto por Janet Swim, Kathryn Aikin, Wayne Hall y Barbara Hunter (1995), que utiliza las *Modern Sexism and Old-Fashioned Sexism Scales*. Dichas escalas miden Sexismo Moderno (MS) dentro de un marco bifactorial conformado por 8 ítems. De igual manera proceden Francine Tougas, Rupert Brown y Ann Beaton (1995) con su *Neosexism Scale* (NS), adaptada y validada con población española a través de 11 ítems (Moya y Expósito, 2001).

Para estos autores, el constructo de neosexismo o sexismo moderno guarda una estrecha relación con el racismo moderno. Así, ambos enfoques teóricos nos proponen una relación entre el constructo de sexismo y de racismo en términos de discriminación, guardando un formato similar al de la *Escala de Racismo Moderno o Modern Racism Scale* (McConahay, 1986).

Las actitudes neosexistas continúan con opiniones y conductas negativas contra las mujeres, pero basando su argumentación en que las mujeres buscan ir más allá de la igualdad “porque ya no existe discriminación”. Desde dicha creencia, las mujeres se valen de reivindicaciones excesivas y éxitos no del todo merecidos a causa de las medidas de “discriminación positiva”. Estos postulados del sexismo moderno, a la par que consideran que el sexismo tradicional es indeseable, promulgan la noción de que las mujeres están tratando de obtener un trato de favor en lugar de un trato igualitario, por lo que sus demandas van en detrimento de los hombres. Es decir, el núcleo del modelo teórico no se centra tanto en las creencias estereotipadas de manera directa, sino en sus consecuencias en lo referente a los derechos y posición de las mujeres.

Estas escalas, que permiten una medición del sexismo más sutil, han sido criticadas por Glick y Fiske (1996), afirmando que, aunque abordan las actitudes ante políticas igualitarias, son incapaces de expresar la disonancia

que se produce en las actitudes relacionales personales que plantean una valoración positiva de las mujeres (ver Expósito, Moya y Glick, 1998; Masser y Abrams, 1999; McHugh y Frieze, 1997).

Ideología de Género

Las denominaciones “ideología de género”, “ideología del rol de género”, “ideología del rol sexual” o “estereotipos del rol sexual” dentro de la Psicología han venido haciendo referencia al sexismo, siendo otra forma de nombrar el mismo constructo.

Los diferentes instrumentos que se enmarcan dentro de esta etiqueta van a plantear la existencia de un sexismo más tradicional y de un sexismo más moderno, lo que guarda relación con el modelo teórico de Glick y Fiske (1996). Tal y como exponen Miguel Moya, Francisca Expósito y José Padilla (2006), la ideología de género o sexismo “fue el término tradicionalmente utilizado para designar a las creencias que los individuos poseemos acerca de los roles y conductas que hombres y mujeres deberían desempeñar, y acerca de las relaciones que ambos sexos han de mantener entre sí” (p. 712).

El modelo propuesto recopilaría tanto el sexismo tradicional, que se encontraría en algunos de los primeros instrumentos que ya hemos indicado, y el sexismo moderno más sutil que evalúan las escalas MS y NS. En este sentido, dentro de la delimitación conceptual del constructo, incluyeron 12 ítems sobre roles profesionales, de parentalidad, domésticos, de relaciones personales y de sexualidad, entre otros. Por lo que, a diferencia de las críticas que han recibido anteriores posicionamientos sobre las disparidades entre el constructo de sexismo tradicional-moderno y sexismo ambivalente (Glick y Fiske, 1996), la EIG o *Escala sobre Ideología de Género* (que es la revisión de la *Escala sobre la Ideología del Rol Sexual* de Moya, Navas y Gómez, 1991) incluye ítems sobre derechos y roles de las mujeres, abordando las relaciones interpersonales entre hombres y mujeres. No obstante, lo hace con el objetivo de atestiguar la medida de las actitudes igualitaristas, y no sólo sexistas.

La EIG correlaciona positivamente y de manera significativa con el ASI, el NS y la RMA; lo que demuestra ser un instrumento capaz de

medir las actitudes igualitarias y sexistas, así como las concepciones sobre violencia sexual (Moya, Expósito y Padilla, 2006).

Es importante destacar que, en el abordaje de la sexualidad y las relaciones interpersonales, la escala se centra en la heterosexualidad. Además, tal y como indica F. Expósito (comunicación personal, 26 de octubre, 2018), no se preguntó a la muestra que se usó en su validación acerca de su orientación sexual.

Roles Sociales

Kristine Baber y Corinna Jenkins (2006) plantearon una crítica sobre cómo venía midiéndose el constructo de sexismo, por estar basado en una óptica dicotómica y centrada mayoritariamente en la medida del sexismo hostil. Según estas autoras, es importante la medición de las actitudes acerca de los roles tradicionales de los hombres y las mujeres, pero también hay que evaluar las creencias que abogan por roles sociales no asociados ni a unas ni a otras (denominadas actitudes de trascendencia o actitudes de género igualitarias).

De esa manera, basándose en anteriores escalas como la AWS o la NS, así como en la literatura científica, han creado un nuevo instrumento, el *Social Roles Questionnaire* (SRQ), de 13 ítems y las subescalas o factores de actitudes sexistas y actitudes más igualitaristas indistintamente del género.

De igual manera, argumentando la falta de instrumentos que midan el grado de sexismo y el grado de igualitarismo en el panorama español, se realizó una adaptación (López-Cepero, Rodríguez-Franco, Rodríguez-Díaz y Bringas Molleda, 2013). En ella los autores exponen las deficiencias de otras pruebas como el ASI, ya que sólo permite evaluar el grado de sexismo de las personas. En cambio, no considera el grado de acuerdo con la igualdad de roles y oportunidades. Siguiendo la misma lógica, se ha construido otro instrumento, pero adaptado a adolescentes, denominado *Gender Role Attitudes Scale* o GRAS (García-Cueto et al., 2015).

Es importante destacar, quedando más o menos explicitado en todas las propuestas, que el modelo abre la posibilidad de que las mujeres no sean las únicas que sufren actitudes sexistas.

CONCLUSIONES Y PERSPECTIVAS DE FUTURO

Los modelos y teorías que se han ido exponiendo han sido claves para la construcción del constructo de sexismo. No obstante, la naturaleza dinámica del constructo permite una apertura continuada a la reflexión. Reflexión que se expone en las siguientes conclusiones, centradas en torno a dos cuestiones fundamentales: las limitaciones en la medición del constructo con parte de la población y los peligros de la desconfiguración del sujeto receptor del sexismo.

En primer lugar, dependiendo de la rama epistemológica en la que nos situemos podemos obtener diversos planteamientos sobre el modo de nombrar el sexismo. Tal y como hemos visto, sexismo o machismo, según como se acuñe el término desde diferentes disciplinas y frecuencias idiomáticas. En muchas ocasiones se sitúa al sexismo o al machismo como sistema de opresión que tiene múltiples expresiones o como expresión en sí mismo. Sea como fuere comparten el objetivo que persiguen y, como nos indicó la psicóloga Victoria Sau en el *Diccionario Ideológico feminista* (1981), persiguen “mantener la situación de inferioridad, subordinación y explotación del sexo dominado: el femenino” (p. 257).

Este intercambio de términos también sucede cuando hablamos de las partes de ese constructo, así lo que entendemos por sexismo benevolente se traduce desde otras ópticas como micromachismos (Bonino, 1996): violencias simbólicas que son naturalizadas por el dominador y se expresan de múltiples formas y cuyo objetivo es la dominación paradójica (Bourdieu, 1998); violencias invisibles que se reproducen como inocuas e incluso humorísticas pero que causan sufrimiento (Castañeda, 2007); o violencias que son letales y se plantean bajo los mitos amorosos de las relaciones personales (Lagarde, 1996).

Por otro lado, diversas corrientes coinciden en que el constructo de sexismo o machismo son las violencias ejercidas desde un sistema mucho más amplio que se denomina patriarcado y que usa el sexismo como tecnología violenta. El patriarcado haciendo uso de las “tecnologías del género”, marca una pirámide de poder en la sociedad en cuya cúspide está el hombre y lo masculino, que ordena y manda sobre lo que sitúa en los escalones inferiores, las mujeres y lo femenino (Lagarde,

1996). Teniendo en cuenta esa supremacía masculina sobre las mujeres y también sobre lo femenino, el sexismo no sólo es sufrido por las mujeres, sino también por los hombres a los que se les exige virilidad y heterosexualidad. El “verdadero hombre” se presenta como ser humano, el resto se encuentran por debajo (Rubin, 1986). Por lo tanto, tal y como expresan diversas investigaciones, las relaciones personales y la sexualidad son parte esencial de los factores y variables que configuran el constructo de sexismo. Siendo así, como queda recogido desde la TSA, donde se afirma que el poder se ejerce a través de las relaciones personales donde las prácticas sexuales son inherentes a las mismas. Prácticas, deseos e identidades que dentro de la medibilidad del sexismo se conjugan y son sólo posibles desde la heterosexualidad (Glick y Fiske, 1996). De igual manera ocurre con la EIG (aunque no hayamos incluido el contenido de los ítems como ejemplo, el lector puede acudir al artículo de los autores), donde las relaciones románticas heterosexuales quedan patentes en la elaboración de algunos de sus ítems.

Por tanto, es aquí donde se plantea la principal crítica a las escalas planteadas y sus posteriores validaciones y estudios realizados ya que, aunque la idea y todo lo que se deriva del amor romántico son buenos indicadores del sexismo, las orientaciones sexuales dentro de esas dinámicas podrían ser no heterosexuales y seguir reproduciendo actitudes y conductas sexistas. Es decir, las escalas mencionadas no tienen en cuenta que personas con una orientación homosexual o bisexual puedan responder “estar en desacuerdo” con ítems como “aun cuando un hombre logre muchas cosas en su vida, nunca podrá sentirse verdaderamente completo a menos que tenga el amor de una mujer”, puntuando bajo en sexismo, sin que esto implique ser menos sexista que la población heteronormativa. Por supuesto que podría puntuar alto en estos ítems población no heterosexual, pero parece poco probable en la mayoría de los casos en los que tengan aceptada su propia orientación (ya que en otro caso estaríamos hablando de la existencia de homofobia internalizada). Por ejemplo, dicho sexismo puede mostrarse por un rechazo de hombres femeninos por parte de hombres homosexuales que no son femeninos, es lo que viene denominándose en el argot social como “plumofobia”.

Teniendo en cuenta que el sexismo implica privilegiar lo masculino y oprimir lo femenino, las aportaciones y modificaciones tendrán que ir en esa línea, de tal forma que se reconozca la diversidad afectivo-sexual.

Dicha aportación surge como revisión a los principales instrumentos que abordan la ASI, sus posteriores versiones y adaptaciones con población española, donde no se tiene en cuenta dicha variable a la hora de revalidar el instrumento, o cuando se tiene en cuenta parece que se elimina a dicha población. De igual manera parece ocurrir con la EIG.

En definitiva parece necesario abrir horizontes en esta línea, generando instrumentos que permitan evaluar de un modo más inclusivo el constructo de sexismo.

También, otra de las aportaciones se plantea como una crítica a la evolución y posicionamientos teóricos que abordan algunas de las investigaciones, situando en un plano neutral el constructo de sexismo, como si el sexismo pudiera ejercerse indistintamente contra lo masculino por parte de lo femenino.

Así, aunque el marco teórico que nos proponía Glick y Fiske en 1996 hacía un reconocimiento sobre la violencia social y estructural que genera el patriarcado a través del sexismo, en 1999 aparece *The Ambivalence toward Men Inventory*: una escala que tiene como objetivo medir el grado de prejuicios hacia los hombres. Además, estudios posteriores (Glick et al., 2004) demuestran la existencia de una correlación positiva entre las escalas ASI y AMI, de tal forma que las actitudes negativas contra hombres son un buen indicador de la existencia de actitudes sexistas contra mujeres. Sin negar tal afirmación, parece cumplirse lo que Allport (1954) indicaba sobre la generación de estereotipos negativos del grupo dominado sobre el dominante. A pesar de ello, resulta peligroso realizar una formulación que coloque a los hombres y lo masculino como víctimas de un supuesto sexismo ejercido por las mujeres y lo femenino, tal y como se expresa en el siguiente artículo:

En suma, la teoría del Sexismo Ambivalente tanto hacia mujeres como hacia hombres supone un avance importante para conseguir la igualdad real entre hombres y mujeres, ya que por medio de sus escalas se pueden identificar las actitudes sexistas benevolentes tan perjudiciales para las mujeres, para poder combatir las. Y así conseguir una realidad más igualitaria y simétrica entre los

géneros (Rodríguez, Lameiras, Carrera y Faílde, 2009, p. 139).

Más aún cuando vemos que la construcción de la masculinidad en el AIAS, MMPI, CNMI, ya sea como rasgo de personalidad o como adaptación a la norma social, está tan íntimamente ligada al rechazo a la mujer y lo asociado a lo femenino. Incluso, hay estudios que dejan entrever a la masculinidad como un sinónimo del sexismo: a mayor masculinidad mayor sexismo (Moya, Páez, Glick, Fernández y Poeschl, 1997). Además, tal y como hipotetizó Allport, manifestar prejuicios frente a un colectivo implica una configuración poco permeable de esquemas mentales. Es decir, guarda relación con la autopercepción rígida y conformidad con las normas sobre lo femenino, pero sobre todo de lo masculino.

De igual manera resulta la propuesta del SQR, aunque resulta novedosa en su planteamiento teórico sobre la constricción y la violencia que se ejerce desde la conceptualización dicotómica a través del género, en su traducción puede resultar sesgada si se asume la neutralidad histórica de lo MF dentro de la generación de violencias. En la misma línea, el GRAS plantea que “los hombres pueden ser también receptores del comportamiento sexista por parte de su pareja” (p. 61). Argumento que debe tratarse con cierta cautela, ya que a pesar de que los hombres también pueden sufrir por las consecuencias del sexismo, esta violencia nunca procurará la eliminación de un *status quo* privilegiado, siempre y cuando entre dentro de la identidad como hombres masculinos tradicionales. Es decir, es necesario hacer un planteamiento riguroso que no coloque la violencia sexista como equidistante entre lo MF, porque dicho planteamiento significaría desposeerla de todo el contexto histórico, social y cultural patriarcal en el que se encuentra inmiscuido el sexismo.

REFERENCIAS

- Allport, Gordon (1954). *The nature of prejudice*. Cambridge, MA: Addison-Wesley.
- Abner, Kristine & Tucker, Corinna (2006). The social roles questionnaire: A new approach to measuring attitudes toward gender. *Sex Roles, 54*(7-8), 459-467.
<https://doi.org/10.1007/s11199-006-9018-y>

- Beere, Carole; King, Daniel; Beere, Donald & King, Linda (1984). The Sex-Role Egalitarianism Scale: A measure of attitudes toward equality between the sexes. *Sex Roles*, 10(7-8), 563-576. <https://doi.org/10.1007/BF00287265>
- Benokraitis, Nijole & Feagin, Joe (1995). *Modern sexism: Blatant, subtle, and covert discrimination*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall.
- Ben-Porath, Yossef & Tellegen, Auke (2008). *MMPI-2 RF: Minnesota Multiphasic Personality Inventory-2 Restructured Form*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Bonino, Luis (1996). Micromachismos: La violencia invisible en la pareja. En *1as. Jornadas de género en la sociedad actual* (pp. 25-45). Valencia: Generalitat Valenciana.
- Bourdieu, Pierre (1998). *Practical reason: On the theory of action*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Burt, Martha (1980). Cultural myths and supports for rape. *Journal of personality and social psychology*, 38(2), 217-230. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.38.2.217>
- Butcher, James; Dahlstrom, Grant; Graham, John; Tellegen, Auke & Kaemmer, Beverly (1989). *Manual for administration and scoring, MMPI-2*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Butcher, James; Graham, John; Ben-Porath, Yossef; Tellegen, Auke; Dahlstrom, Grant & Kaemmer, Beverly (2001). *MMPI-2: Manual for administration, scoring, and interpretation, revised edition*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Butcher, James; Williams, Carolyn; Graham, John; Archer, Robert; Tellegen, Auke; Ben-Porath, Yossef & Kaemmer, Beverly (1992). *MMPI-A (Minnesota Multiphasic Personality Inventory-Adolescent): Manual for administration, scoring, and interpretation*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Castañeda, Marina (2007). *El machismo invisible regresa*. Madrid: Taurus.
- Check, James; Malamuth, Neil; Elias, Barbara & Barton, Susan (1985). On hostile ground. *Psychology Today*, 19(4), 56-61.
- Constantinople, Anne (2005). Masculinity-Femininity: An Exception to a Famous Dictum?. *Feminism & Psychology*, 15(4), 385-407. <https://doi.org/10.1177/0959-353505057611>
- Cuéllar-Flores, Isabel; Sánchez-López, María & Dresch, Virginia (2011). El Inventario de Conformidad con las Normas de Género Masculinas (CMNI) en la población española. *Anales de Psicología*, 27(1), 170-178.
- Expósito, Francisca; Moya, Miguel & Glick, Peter (1998). Sexismo ambivalente: medición y correlatos. *Revista de Psicología social*, 13(2), 159-169. <https://doi.org/10.1174/021347498760350641>
- Gaertner, Samuel & Dovidio, John (1986). *The aversive form of racism*. San Diego, CA: Academic Press.
- Garaigordobil, Maite & Aliri, Jone (2013). Ambivalent sexism inventory: standardization and normative data in a sample of the Basque Country. *Psicología Conductual*, 21(1), 173-186. <https://doi.org/10.1017/sjp.2016.80>
- García-Cueto, Eduardo; Rodríguez-Díaz, Francisco; Bringas-Molleda, Carolina; López-Cepero, Javier; Paíno-Quesada, Susana & Rodríguez-Franco, Luis (2015). Development of the gender role attitudes scale (GRAS) amongst young spanish people. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 15(1), 61-68. <https://doi.org/10.1016/j.ijchp.2014.10.004>
- Glick, Peter & Fiske, Susan (1996). The ambivalent sexism inventory: Differentiating hostile and benevolent sexism. *Journal of personality and social psychology*, 70(3), 491-512. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.70.3.491>
- Glick, Peter, & Fiske, Susan (1997). Hostile and benevolent sexism: Measuring ambivalent sexist attitudes toward women. *Psychology of Women Quarterly*, 21(1), 119-135. <http://dx.doi.org/10.1111/j.1471-6402.1997.tb00104.x>
- Glick, Peter; Lameiras, María; Fiske, Susan; Eckes, Thomas; Masser, Barbara; Volpato, Chi... Wells, Robin (2004). Bad but Bold: Ambivalent Attitudes Toward Men Predict Gender Inequality in 16 Nations. *Journal of Personality and Social Psychology*, 86(5), 713-728. <http://dx.doi.org/10.1037/0022-3514.86.5.713>
- Hathaway, Starke & McKinley, John (1942). *The Minnesota Multiphasic Personality Inventory: Manual*. New York: Psychological Corporations.
- Ibabe, Izaskun; Arnoso, Ainara & Elgorriaga, Ederne (2016). Ambivalent sexism inventory: Adaptation to Basque population and sexism as a risk factor of dating violence. *The Spanish Journal of Psychology*, 19, 1-9. <https://doi.org/10.1017/sjp.2016.80>
- Kalin, Rudolf & Tilby, Penelope (1978). Development and validation of a sex-role ideology scale. *Psychological reports*, 42(3), 731-738. <https://doi.org/10.2466/pr0.1978.42.3.731>
- Kinder, Donald & Sears, David (1981). Prejudice and politics: Symbolic racism versus racial threats to the good life. *Journal of personality*

- and social psychology*, 40(3), 414-431.
<https://doi.org/10.1037/0022-3514.40.3.414>
- Kirkpatrick, Clifford (1936a). The construction of a belief-pattern scale for measuring attitudes toward feminism. *The Journal of social psychology*, 7(4), 421-437.
<https://doi.org/10.1080/00224545.1936.9919893>
- Kirkpatrick, Clifford (1936b). A comparison of generations in regard to attitudes toward feminism. *The Pedagogical Seminary and Journal of Genetic Psychology*, 49(2), 343-361.
<https://doi.org/10.1080/08856559.1936.10533775>
- Lagarde, Marcela (1996). *Género y feminismo: desarrollo humano y democracia*. Madrid: Horas y horas.
- Lameiras, María & Rodríguez, Yolanda (2003). Evaluación del sexismo ambivalente en estudiantes gallegos/as. *Acción psicológica*, 2(2), 131-136.
<https://doi.org/10.5944/ap.2.2.526>
- Lemus, Soledad; Castillo, Miguel; Moya, Miguel; Padilla García, José & Ryan, Estrella (2008). Elaboración y validación del Inventario de Sexismo Ambivalente para Adolescentes. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 8, 2, 537-562.
- León-Ramírez, Beatriz & Ferrando, Piera (2014). Assessing sexism and gender violence in a sample of Catalan university students: A validity study based on the Ambivalent Sexism Inventory and the Dating Violence Questionnaire. *Anuario de Psicología*, 44(3), 327-341.
- Lewin, Miriam (1984). Psychology measures femininity and masculinity, 2: From "13 gay men" to the instrumental-expressive distinction. En Miriam Lewin (Ed.), *In the shadow of the past: Psychology portrays the sexes* (pp.179-204). New York: Columbia University Press.
- López-Cepero, Javier; Rodríguez-Franco, Luis; Rodríguez-Díaz, Javier & Bringas, Carolina (2013). Validación de la versión corta del Social Roles Questionnaire (SRQ-R) con una muestra adolescente y juvenil española. *REMA*, 18(1), 1-16.
- Mahalik, James; Locke, Benjamin; Ludlow, Larry; Diemer, Matthew; Scott, Ryan; Gottfried, Michael & Freitas, Gary (2003). Development of the conformity to masculine norms inventory. *Psychology of Men & Masculinity*, 4(1), 3-25.
<https://doi.org/10.1037/1524-9220.4.1.3>
- Martin, Hale & Finn, Stephen (2010). *Masculinity and Femininity in the MMPI-2 and MMPI-A*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Masser, Barbara & Abrams, Dominic (1999). Contemporary sexism: The relationships among hostility, benevolence, and neosexism. *Psychology of women quarterly*, 23(3), 503-517.
<https://doi.org/10.1111/j.1471-6402.1999.tb00378.x>
- McConahay, John (1986). Modern racism, ambivalence, and the modern racism scale. En John Dovidio & Samuel Gaertner (Eds.), *Prejudice, discrimination, and racism* (pp. 91-126). Orlando, FL: Academic Press.
- McHugh, Maureen & Frieze, Irene (1997). The Measurement of Gender-role Attitudes: A Review and Commentary. *Psychology of women quarterly*, 21(1), 1-16. <https://doi.org/10.1111/j.1471-6402.1997.tb00097.x>
- McKee, John & Sherriffs, Alex (1957). The differential evaluation of males and females. *Journal of Personality*, 25(3), 356-371.
<https://doi.org/10.1111/j.1467-6494.1957.tb01533.x>
- Montero, Ignacio & León, Orfelio (2007). A guide for naming research studies in Psychology. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 7, 847-862.
- Morawski, Jill (1988). Impossible Experiments and Practical Constructions. En Jill Morawski (Ed.), *The Rise of Experimentation in American Psychology* (pp. 72-93). New Haven: Yale University Press.
- Moya, Miguel (2004). Actitudes sexistas y nuevas formas de sexismo. En Ester Barberá & Isabel Martínez-Benlloch (Eds.), *Psicología y género* (pp. 271-294). Madrid: Pearson Educación.
- Moya, Miguel & Expósito, Francisca (2001). Nuevas formas, viejos intereses: neosexismo en varones españoles. *Psicothema*, 13(4), 643-649.
- Moya, Miguel; Expósito, Francisca & Padilla, José (2006). Revisión de las propiedades psicométricas de las versiones larga y reducida de la Escala sobre Ideología de Género. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 6(3), 709-727.
- Moya, Miguel; Navas, María & Gómez, Carmen (1991). Escala sobre la ideología del rol sexual. En *Libro de Comunicaciones del III Congreso Nacional de Psicología Social* (Vol. 1, pp. 554-566). Santiago de Compostela.
- Moya, Miguel; Páez, Darío; Glick, Peter; Fernández Sedano, Itziar & Poeschl, Grabielle (1997). Sexismo, Masculinidad-Feminidad y Factores Culturales. *Revista electrónica de Emoción y Motivación*, 8(4), 127-142.
- Nadler, Eugene & Morrow, William (1959). Authoritarian attitudes toward women, and their correlates. *The Journal of Social Psychology*, 49(1), 113-123.
<https://doi.org/10.1080/00224545.1959.9921970>

- Osmond, Marie W., & Martin, Patricia Y. (1975). Sex and sexism: A comparison of male and female sex-role attitudes. *Journal of Marriage and the Family*, 37(4), 744-758. <http://dx.doi.org/10.2307/350825>
- Payne, Diana; Lonsway, Kimberly & Fitzgerald, Louise (1999). Rape myth acceptance: Exploration of its structure and its measurement using the Illinois Rape Myth Acceptance Scale. *Journal of Research in Personality*, 33(1), 27-68. <https://doi.org/10.1006/jrpe.1998.2238>
- Recio, Patricia; Cuadrado, Isabel & Ramos, Esther (2007). Propiedades psicométricas de la Escala de Detección de Sexismo en Adolescentes (DSA). *Psicothema*, 19(3), 522-528.
- Rodríguez, Yolanda; Lameiras, María & Carrera, María (2009). Validación de la versión reducida de las escalas ASI y AMI en una muestra de estudiantes españoles. *Psicogente*, 12(22), 2.
- Rodríguez, Yolanda; Lameiras, María; Carrera, María & Failde, José (2009). Aproximación conceptual al sexismo ambivalente: Estado de la cuestión. *Summa Psicológica UST*, 6(2), 131-142.
- Rollero, Chiara; Glick, Peter & Tartaglia, Stefano (2014). Psychometric properties of short versions of the ambivalent sexism inventory and ambivalence toward men inventory. *Testing, Psychometrics, Methodology in applied psychology*, 21(2), 149-159. <https://doi.org/10.4473/TPM21.2.3>
- Rubin, Gayle (1986). El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo. *Nueva antropología*, 8(30), 95-145.
- Sau, Victoria (1981). *Diccionario ideológico feminista* (Vol. 1). Barcelona: Icaria Editorial.
- Scarborough, Elizabeth & Furumoto, Laurel (1987). *Untold Lives: The First Generation of American Women Psychologists*. Nueva York: Columbia University Press.
- Shapiro, Fred (1985). Historical Notes on the Vocabulary of the Women's Movement. *American Speech*, 60(1), 3-16. <https://doi.org/10.2307/454643>
- Sherriffs, Alex & Jarrett, Rheem (1953). Sex differences in attitudes about sex differences. *The Journal of Psychology*, 35(1), 161-168. <https://doi.org/10.1080/00223980.1953.9712849>
- Spence, Janet & Helmreich, Robert (1972). *The Attitudes Toward Women Scale: An objective instrument to measure attitudes toward the rights and roles of women in contemporary society*. Washington, DC: American Psychological Association.
- Swim, Janet; Aikin, Kathryn; Hall, Wayne & Hunter, Barbara (1995). Sexism and racism: Old-fashioned and modern prejudices. *Journal of Personality and Social Psychology*, 68(2), 199-214. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.68.2.199>
- Terman, Lewis & Miles, Catherine (1936). *Sex and Personality. Studies in Masculinity and Femininity*. New York: McGraw-Hill.
- Tougas, Francine; Brown, Rupert; Beaton, Ann & Joly, Stéphane (1995). Neosexism: Plus ça change, plus c'est pareil. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 21(8), 842-849. <https://doi.org/10.1177/0146167295218007>
- Vanauken, Frank (1969). *Freedom for Movement Girls, Now*. Nashville: Southern Student Organizing Committee.



MIGUEL ÁNGEL LÓPEZ-SÁEZ

Profesor Visitante. Área de Psicología Social, Universidad Rey Juan Carlos.

DAU GARCÍA-DAUDER

Profesor Titular. Área de Psicología Social, Universidad Rey Juan Carlos.

IGNACIO MONTERO

Profesor Titular. Departamento de Psicología Social y Metodología, Universidad Autónoma de Madrid

DIRECCIÓN DE CONTACTO

miguel.lopez.saez@urjc.es | dau.dauder@urjc.es | nacho.montero@uam.es

FORMATO DE CITACIÓN

López-Sáez, Miguel Ángel; García-Dauder, Dau & Montero, Ignacio (2019). El sexismo como constructo en psicología: una revisión de teorías e instrumentos. *Quaderns de Psicologia*, 21(3), e1523.
<http://dx.doi.org/10.5565/rev/qpsicologia.1523>

HISTORIA EDITORIAL

Recibido: 22/04/2019
1ª revisión: 10/10/2019
Aceptado: 13/10/2019
Publicado: 15/11/2019